

TRUCO O TRATO **BILL CALLAHAN**

Por VÍCTOR LENORE

“Cuando subo al escenario no trato de hipnotizar al público, más bien intento hipnotizarme yo con las canciones”

“Nací el 3 de junio de 1966 en Maryland (Estados Unidos). Mis padres trabajaban como analistas de lenguaje en la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos. Recuerdo tener 4 años y estar solo en mi habitación, poniendo singles en un pequeño tocadiscos. Pasé una tarde entera pinchando ‘The Loco-Motion’ de Little Eva y ‘Rockin’ Robin’ de The Jackson 5. Literalmente no podía parar de bailar. Siempre me gustó la música, pero nunca he sido coleccionista. De adolescente me

entusiasmaba escuchar por la radio a The Cars y otros grupos de aquella onda, pero tampoco compraba muchos discos, seguramente por falta de dinero. En realidad, soy músico por eliminación. Nunca me convenció la vida académica, la encontraba demasiado rígida, casi militar. Tampoco me parecían interesantes los trabajos que tuve por esa época”.

“Hace poco publiqué una novela, ‘Letters To Emma Bowcut’, pero no sabría decirte cómo influye la literatura en mis canciones. Más que un autor concreto, me atrapa el acto de mirar las palabras negras sobre el papel blanco. Para mí todo el proceso literario tiene cierta cualidad hipnótica. No creo que la literatura tenga dos lados: la parte de mí que lee es la misma que escribe. Me pasa igual con la música: no veo tanta diferencia entre escuchar y componer. Cuando subo al escenario no trato de hipnotizar al público, más bien intento hipnotizarme yo con las canciones para alcanzar el nivel de concentración que requiere interpretarlas. Busco sinto-

nizar por completo con la música, usar el cuerpo entero para contar cada historia del modo más intenso y natural posible”.

“El objetivo de mis letras no es describir sentimientos personales, más bien las entiendo como un medio de comunicación. Cuando hago canciones me influye mucho más la vida de los demás que las cosas que me ocurren a mí. Muchas veces veo este oficio como algo similar al dinero: un sistema que me ayuda a manejar y lubricar las relaciones sociales. Tampoco lo tengo todo tan claro. En muchas entrevistas me preguntan qué ha inspirado tal o cual letra. Esperan que sea en una sola cosa. En realidad, no funciona así. El proceso se parece a esas máquinas tragaperras antiguas donde había varios niveles repletos de monedas y tú ibas echando más para intentar que cayeran en cascada. Puedes tener intuiciones, pero nunca estás seguro de cuál es la moneda que te ha dado el premio”.

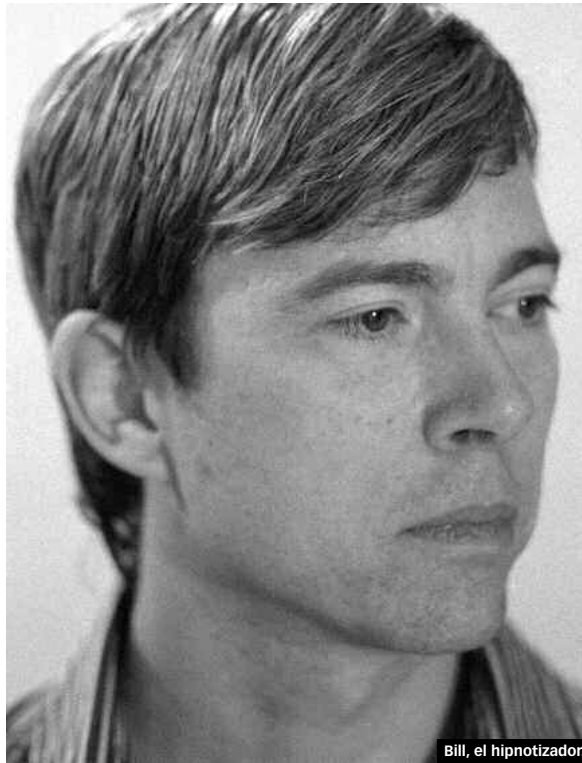
He leído que a veces utilizas las canciones para explicar el mundo a los demás. ¿Me cuentas cómo funciona eso? El mejor ejemplo es la canción “I Break Horses”. Una amiga estaba hundida después de haber tenido uno de esos romances de una sola noche. La persona con la que se había acostado no volvió a llamar ni a cogerle el teléfono. Para ella resultaba muy extraño; yo, en cambio, sí comprendo ese tipo de carácter. Escribí la canción para exponer ese punto de vista. Por supuesto, no sirvió de mucho. Mi amiga siguió igual de triste y desconcertada. He hecho algunas otras letras de ese tipo, pero no siempre están basadas en situaciones reales. En “Sycamore” intento explicarle a un niño cómo es el mundo. No pensaba en ningún crío real. Fue un ejercicio ambicioso: básicamente, la canción contiene una filosofía completa de la vida. Quería contar cómo funcionan las cosas y señalar la mejor manera de enfrentarse a lo que nos toca. Se ha escrito muchas veces que soy un letrista críptico, pero si reescuchas esas dos piezas verás que expongo todo de forma muy clara.

Hay un cambio en tu música que me parece evidente. Tus primeros discos sonaban intimidantes, los últimos en cambio son bastante acogedores. ¿Hasta qué punto estás de acuerdo con esta apreciación? Bastante. Cuando era mucho más joven me sentía una especie de estufo del sufrimiento humano. Me atraían las emociones extremas. Quería convertirme en una rata de laboratorio que atravesara esos estados de ánimo de la vida. Llegué a pensar que era suficientemente fuerte como para aguantar cualquier situación límite y que eso me haría escribir mejo-

res canciones. En el fondo, es una forma de pensar bastante típica de los jóvenes. Aprendí algunas cosas con ese enfoque, pero también perdí mucho tiempo. No se lo recomiendo a nadie. Ahora me parece una estrategia un poco idiota.

¿Cómo conseguiste salir de esa situación? No hubo un acontecimiento concreto. Más bien fue el típico caso de darme cien cabezazos contra la misma pared. Muchas cosas esenciales de la vida se aprenden por repetición. Luego llega un día en que tu cuerpo te dice que ya has tenido suficiente. Todo este problema, hace ya bastantes años, tuvo que ver con mezclarme con un grupo de personas que no me convenían nada. Resumiendo: estaban locos. Eran los clásicos artistas atormentados. Pensaban que quien no es egoísta terminal tiene que ser un tontaina. De repente descubrí que no había nada malo en ser amable. No solo es preferible, sino que además funciona. Nadie alcanza una gran felicidad pensando solo en sí mismo. Este es un descubrimiento sencillo que mucha gente tarda años en hacer. Para mí fue una revelación. Desde entonces me rodeo de personas bondadosas y lo paso mucho mejor.

¿Ha habido algún otro punto de inflexión importante en tu carrera? El disco de Smog de 2005 “A River Ain’t Too Much To Love” fue un gran paso adelante. Comencé a intentar estructuras de guitarra más complejas. No me refiero a algo técnico, sino más bien metafórico. Antes usaba la guitarra como si fuera una mesa sobre la que depositaba las diferentes partes de voz. Eso es muy limitado. A partir de ese álbum comencé a pensar en la guitarra como un líquido donde



Bill, el hipnotizador.

las letras debían sumergirse y flotar entre otros elementos. Se abrieron un montón de nuevas posibilidades. Fue un cambio grande: desde entonces tengo más paciencia cuando compongo y también cuando presento mis canciones en directo. Mi método de trabajo se volvió más calmado. Recuerdo que en esa época escuchaba a artistas que me ayudaron a crecer, entre ellos Mickey Newbury, un cantautor estadounidense de los setenta, que tocaba la guitarra al estilo fingerpicking. También estaba metido en Mississippi John Hurt, que únicamente grabó un par de álbumes, pero son realmente buenos.

En tu nuevo disco, “Apocalypse” (2011), hay una canción llamada “America!” donde mencionas a varios músicos legendarios asignándoles un rango militar. Entre otros, citas al sargento Johnny Cash y al capitán Kris Kristofferson. ¿Qué tratas de explicar en esa letra? Los rangos que menciono son reales. Es la jerarquía que alcanzaron en el ejército de Estados Unidos. Me pareció una imagen interesante y divertida: reunir un batallón de compositores para proteger el país con la munición de sus estribillos. Creo que esa es otra función básica de la música: las canciones nos protegen de

alguna manera. No sé explicarte bien cómo funciona, pero te puedo poner un ejemplo. Ahora escucho bastante “Here, My Dear” (1978) de Marvin Gaye. Lo compuso en un momento muy duro de su vida, cuando se estaba separando de su mujer. Siempre que lo pongo tengo la sensación de que ese repertorio le ofrecía una especie de escudo contra el sufrimiento, aunque seguramente no era una víctima, ni nada parecido. Todos hemos sentido alguna vez que la música es un refugio. Volviendo a “America!”, mi intención era comparar lo mucho que ha cambiado Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. Los hombres de antes tenían un carácter muy diferente. Mira todos estos grandes mitos de la música y compáralos con lo que tenemos ahora. No puedo evitar pensar que a alguien como Chris Brown no le hubiera sentado mal pasar un tiempo en el frente. Si llega a nacer medio siglo antes quizás no hubiera pegado a Rihanna.

¿Quién es el último artista que te ha impresionado sobre un escenario? Me cuesta recordar estas cosas. ¿Vale mencionar algo de internet? Hace poco sentí una emoción fuerte viendo en YouTube un videoclip de un bluesman llamado Snooks Eaglin. Es un guitarrista ciego, que toca de manera cruda, emocionante y poderosa. Creo que murió hace poco, en 2009 o así. Cuando acabemos de hablar métete en YouTube y busca su versión de “Lipstick Traces”. ■

BILL CALLAHAN ACTÚA

EL 21 DE MAYO EN SAN SEBASTIÁN (TEATRO PRINCIPAL), EL 23 EN BARCELONA (BIKINI), EL 24 EN MADRID (HEINEKEN) Y EL 25 EN SEVILLA (COSMOS).